

tamente á su coronacion preceden. Su entrada en la Torre fué triunfal y magnífica; su propia madre la Duquesa de Suffolk, le llevaba la cola del manto; el Lord gran Tesorero le presentó la corona; y sus parientes le besaron de rodillas la mano. — A las seis de la tarde los Heraldos proclamaron á un tiempo la muerte de Eduardo y el advenimiento de Juana; y en un manifiesto por ella firmado, y que se repartió profusamente al pueblo, explicáronse los derechos de la nueva Soberana, conforme Northumberland pretendia entenderlos.

El pueblo, habituado de largo tiempo á considerar á María como futura Soberana, escuchó la proclamacion con el significativo silencio, que sirve, ó debiera servir de leccion á los poderes de sobra audaces. Ni una sola voz se alzó aplaudiendo; pero nos engañamos, si hubo una voz de aplauso: la de un mozo de posada, que al dia siguiente fué expuesto en el *pilori*, es decir, en un cadalso á la vergüenza y perdió además las orejas.

El 11 de Julio llegó á la Torre de Londres un mensajero de María portador de una proclama de aquella Princesa á los Lores del Consejo que decia así: « Nos, la Reina María: Sabed todos los fieles súbditos de este reino, que vuestro Soberano y Señor ha dejado este mundo por otro mejor el jueves último 6 de Julio, y que ahora la excelentísima Princesa, su hermana, es por la gracia de Dios Reina de Inglaterra y de Irlanda, y posee realmente la corona, gobierno y títulos de Inglaterra y de Irlanda, y cuanto de ahí depende, para gloria de Dios, honor del reino inglés, y bienandanza de todos vosotros. Y su Alteza no se ha fugado del reino, ni tiene intencion de dejarlo como falsamente se ha propagado. » Al enterarse el Consejo de tal protesta de una muger aislada, sin dinero ni partido, sorprendida y sin tiempo para prepararse á defender sus derechos, pareció mas poseido de lástima que de temor; y asi era natural, pues que los partidarios de Juana tenian á su disposicion todos los recursos de un gobierno organizado, en sus manos las arcas reales, la Guardia Real les habia prestado juramento de fidelidad, veinte bajeles armados esperaban sus órdenes en el Támesis, y un cuerpo de tropas terrestres estaba pronto á marchar donde necesario fuese.

Mas no tardó la situacion en variar de aspecto, tomándolo amenazador para el ambicioso Duque, á quien el público conocia demasiado, al

paso que nada conocia de su nuera. La opinion en efecto le acusaba de haberse criminalmente deshecho de hombres muy importantes entre los partidarios mismos de Eduardo VI y aun de haber acelerado, ó tal vez determinado con venenos, la prematura muerte de aquel desdichado Monarca: y ciertos ó no esos rumores, el hecho es que en el pueblo se acreditaron y que en consecuencia su voz se pronunció por María donde quiera que pudo hacerlo impunemente. Mas á mayor abundamiento ya el dia 12 de Julio los Condes de Bath y de Sussex y los primogénitos de Lord Wharton y de Lord Mordaunt, así como toda la nobleza de los condados vecinos con sus feudatarios, habian acudido á reunirse á María para defender sus derechos, pudiendo preverse desde entonces que sin tardar mucho reuniria bajo su estandarte un numeroso ejército.

Fácilmente comprendió el Duque de Northumberland lo urgente de evitar tal reunion de tropas y de conjurar la tempestad en su origen: pero ¿ á quién fiarse? Personalmente no le era posible abandonar la capital, donde sola su presencia podia conservar unidos á sus parciales y hacer frente á los descontentos: anunció pues la intencion de confiar el mando de las tropas al Duque de Suffolk, padre de Juana Gray, y de cuya lealtad á esta por consiguiente dudar no era licito. A la verdad el Duque era notoriamente inexperto en asuntos de guerra, mas esa falta podia suplirse dándole por auxiliares algunos hombres de reconocida capacidad militar.

Velase su perplexidad, no obstante, al través de tales combinaciones; y cuando en circunstancias como aquella vacila un jefe de partido, precisamente en los momentos en que conviniera obrar con vigor y decididamente, comunicase su vacilacion á sus parciales debilitándolos, y acrece en consecuencia la confianza del enemigo. Así en el Consejo levantáronse muchos ensalzando el valor y pericia militar de Northumberland, su práctica de la guerra y su fortuna en toda empresa; y al mismo tiempo rebajando á Suffolk y exagerando las desastrosas consecuencias de una derrota, hasta persuadir á Juana para que insistiese en que su padre político tomara en persona el mando de las tropas. Hubo pues Northumberland de ceder bien á pesar suyo; despidióse de sus colegas en términos que revelaban su agitacion; y salió en fin de Londres al frente de sus

soldados. Silencioso asistió el pueblo á la partida de las tropas expedicionarias, y el Duque, lleno de tristes presentimientos, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose á John Gates, uno de los que le acompañaban : « Las gentes acuden á vernos, pero no hay nadie que nos diga siquiera : » Dios vaya con vosotros. »

Confiando poco en el éxito de la lucha que iba á empeñarse, Northumberland antes de emprenderla, llamó en su auxilio á los predicadores protestantes, para que desde el púlpito excitaran los sentimientos religiosos de su auditorio, demostrándole cuánto debía prometerse la secta á que pertenecian del triunfo de Juana Gray, y de la derrota de María. Su excitacion no fué vana, dando á todos ejemplo de ardiente celo el Obispo anglicano de Londres, Ridley, quien en el sermón que predicó en la Catedral de San Pablo, en presencia del Lord Mayor, de los Regidores de la ciudad, y de un innumerable concurso de gentes, primero estableció que las hijas de Enrique VIII estaban excluidas de la sucesion á la corona por la ilegitimidad de su nacimiento; y luego poniendo en parangon las dos Princesas que el trono se disputaban, después de exaltar la dulzura; la piedad y la ortodoxia (protestante) de Juana, pintó á María como insoportablemente orgullosa, de inteligencia con las cortes extranjeras, y peligrosa por su fe en la Iglesia católica.

Veamos cómo pretendió probar el herético Obispo que María era una muger supersticiosa y á la idolatría entregada:

« El año último (dijo) presentéme á María que me recibió cortesmente; y le propuse predicar en su presencia en la iglesia á fin de convencerla de sus errores. Respondiéndome evasivamente, insistí diciéndola que extrañaba que no quisiera oír la palabra de Dios, á lo cual me contestó: « No sé lo que entendéis por palabra de Dios; la cual parece que no es ahora la misma que en tiempo de mi padre. » — La palabra de Dios, repliqué, es siempre la misma, solamente que en unas épocas se entiende y practica mejor que en otras. — « Por amor á vuestras orejas, repuso la Princesa, no hubiérais osado, viviendo mi padre, eso que hoy quereis hacer pasar por la palabra de Dios. Por lo que respecta á vuestros nuevos libros, á Dios gracias, ni los he leído, ni los leo, ni los leeré nunca. Os doy gracias, Milord, por la cortesía que habeis tenido de

venir á verme; pero de ningun modo os agradezco la oferta de vuestra predicacion (1).

El Obispo de Londres no fué mas feliz en su sermón de San Pablo que lo habia sido en su conferencia con María: pues muchos entre sus oyentes eran neutrales en materia de religion, los protestantes no habian todavía aprendido de Jacobo II la influencia de las doctrinas teológicas en los principios políticos, y para los católicos las acusaciones de Ridley fueron naturalmente una poderosa recomendacion en favor de María.

Ella, entretanto, trabajaba activamente en atraerse las simpatías y agrupar en torno de sí las fuerzas necesarias para conseguir su objeto; y previendo que los consejos y acaso los socorros del Emperador, á la sazón en Flandes, pudieran serle indispensables, trasladóse rápidamente de Kenninghall á Framlingham, corriendo cuarenta millas (cerca de 14 leguas) en una sola jornada. Al propio tiempo María apellidaba á la nobleza de las provincias, cuyos individuos unos acudian personalmente con sus dependientes al llamamiento, y otros no pudiendo hacerlo en el acto, mandábanle subsidios en dinero, y ofrecíanle con celo ardiente su pronta cooperacion. De ese modo en pocos dias se reunieron de los solos condados de Oxford, Middlesex, Berks, y Buckingham, hasta diez mil hombres, que impacientes querian marchar sobre Westminster y el palacio: pero en breve, triplicada aquella fuerza, vióse María al frente de un ejército de treinta mil voluntarios, que rehusando toda paga, servian su causa con generosa caballerosidad. Seis bajeles enemigos aportaron á Yarmouth, y habiéndolos Enrique Jerningham reducido á la obediencia de María, ellos abastecieron de armas y municiones á muchos de los soldados de María, mal provistos de unas y otras, como era natural en gente allegadiza.

Mientras eso acontecia, marchaba Northumberland desde Cambridge

(1) Fox refiere que, segun la costumbre de aquel tiempo, Ridley antes de salir de la morada de la Princesa bebió con Tomás Wharton su Senescal, pero que alarmada súbitamente su conciencia no pudo menos de exclamar: « En verdad que hice mal bebiendo en una casa donde ha sido desechada la palabra de Dios; y que para cumplir con mi obligacion debiera haber sacudido el polvo de mis zapatos en testimonio contra ella. » — Tanto esta anécdota, como el sermón de Ridley prueban que no era él menos fanático que María.

sobre Framlingham, al frente de ocho mil infantes, y dos mil caballos, ejército inferior en número, pero muy superior en calidad y disciplina al de María, y que mandado por un general enérgico y resuelto, hubiera podido con un ataque súbito, dispersar las tumultuarias huestes de la Princesa, y tal vez obligarla á ella misma á buscar asilo en las costas flamencas. Mas por una parte la duda y la desconfianza se habian apoderado del espíritu del Duque, y por otra la evidencia héchole ver en su marcha misma que el nombre de Juana no encontraba eco en el pueblo, mientras que el de María excitaba el entusiasmo universal. Desanimado ya, supo primero que acababa de declarársele rebelde y de poner á precio su cabeza; luego, que Sir Eduardo Hastings, al frente de un poderoso destacamento, maniobraba á su retaguardia, como para interceptarle toda comunicacion con la capital; y apoderándose de él en consecuencia ese pánico terror que presagia los reveses y los prepara acaso, pronuncióse en retirada sobre Cambridge, y escribió al Consejo una pavorosa carta pidiendo pronto socorros. Como no podía menos, la irresolucion del general fué para su ejército contagiosa; los soldados perdieron la fe en aquel laberinto de marchas y contramarchas, y la desercion comenzó á hacerse sentir en las filas.

Conmovidos al parecer por los clamores de la desesperacion de Northumberland, los Lores del Consejo mostrando unánime celo, decidieron hacer venir de Picardía un cuerpo de tropas mercenarias, reclutar en la metrópoli fuerzas mas considerables, y fomentar en las cercanías de Londres los alistamientos voluntarios con la oferta de cuantiosos premios. Mas la urgencia de las circunstancias se avenia mal con tales expedientes, á la sazón ya tardíos; y por otra parte la aparente energía del Consejo no era en realidad otra cosa que una hipócrita máscara. Ignorante de la trama, ó temeroso de oponerse á ella, el Duque de Suffolk, cuando sus colegas le significaron que querian unirse al ejército para combatir al lado de sus amigos y parciales, consintió en que partieran, sin embargo de la órden que tenia de no dejarlos salir de ningun modo del recinto de la Torre de Londres, los Lores de la Tesorería y del Sello privado, Condes de Arundel y de Pembroke, acompañados de otros dos caballeros, y bajo pretexto de salirle al encuentro al Embajador francés hasta el castillo

de Baynard, donde se les reunieron luego el Lord Mayor, el Archivero de la ciudad, y algunos de sus regidores, convocados secretamente por medio de un fiel mensajero.

Segun la costumbre inglesa, los que no sabemos si llamar desertores ó leales, constituyéronse en asamblea, y pusieron á discusion lo que hacer convenia, entablando la cuestion Arundel con un discurso encaminado en primer lugar contra la ambicion de Northumberland, y en seguida á vindicar los ultrajados derechos de las hijas de Enrique VIII. Mas los honores de la sesion fueron de Pembroke, quien, acabando de hablar su colega del Consejo, exclamó tirando la espada: « Y si las razones de Arundel no os han convencido, con esta (su tizona) daré la corona á María, ó moriré en la demanda! » — Inútil eloquencia, superflua amenaza; la junta, que estaba de antemano resuelta, prorumpió en un grito unánime de aprobacion; llamóse á Suffolk, y el padre mismo de Juana Gray firmó como todos los demás una proclama á favor de María, y destituyendo por consiguiente á su hija.

La junta en cuerpo se trasladó solemne y procesionalmente á San Pablo, donde hizo notoria su resolucion y proclamó á María Reina de Inglaterra y de Irlanda, á la faz de innumerable muchedumbre, cuyos gritos entusiastas apenas dejaban oír la voz de los heraldos, y que espontánea y unánime prorumpió cantando el salmo *Te Deum laudamus*. Durante aquel día distribuyóse al pueblo algun dinero, y profusamente la cerveza; y por la noche la gozosa multitud se entregó á sus habituales demostraciones de alegría, llenándose las calles de hogueras, como las que en España solemnizan la fiesta de San Juan, é iluminándose la ciudad toda espontáneamente.

Mientras el Conde de Arundel y Lord Paget corrian presurosos á Framlingham para dar cuenta á María de la consumada revolucion de Londres, Pembroke á la cabeza de su compañía de guardias tomaba posesion de la Torre en nombre de aquella Princesa, y la infeliz Juana Gray salia de ella para regresar á Sion-House, después de nueve dias de reinado, que fueron para ella nueve siglos de ansiedades políticas, y de tormentos domésticos. Porque, en efecto, á los síntomas que la anunciaban un tristísimo y pronto desenlace del drama en que era inocente protagonista, hay que añadir los

coléricos arrebatos de su marido, é imperiosa altivez de su madre política. Guilford Dudley, en vez de atender á la defensa del fantástico trono de su esposa, dejándose llevar de una insensata ambicion ocupábase solo en arrancar de ella con amenazas y violencias de language, la concesion del título y autoridad de Rey, de que al fin llegó á obtener una vez la promesa, con el consentimiento de ciertas medidas preliminares indispensables. Mas Juana al dia siguiente mostrábase pesarosa de su debilidad, y entonces marido y suegra la maltrataron de modo, que la infeliz llegó á imaginar que la habian envenenado, segun lo refiere ella misma en una carta que ya antes citamos, y de la cual, perdido el original inglés, queda solamente la traduccion italiana de Pollini en su *Historia eclesiástica de la Revolucion de Inglaterra*, á que en la suya se refiere el Doctor Lingard.

« Por lo demás, dice Juana, yo por mí no sé lo que el Consejo habia determinado hacer, pero sí sé de cierto que dos veces durante aquel tiempo me dieron veneno : la primera en casa de la Duquesa de Northumberland, y después aquí en la Torre (que en ella escribia prisionera); de lo cual tengo excelentes y muy verídicos testimonios, además de que desde entonces acá se me ha caido todo el cabello. Y todas estas cosas he querido decir las en testimonio de mi inocencia y en descargo tambien de mi conciencia. »

Inmediatamente después del regreso de Juana á Sion-House, el Consejo dió orden á Northumberland de licenciar sus tropas y someterse á la autoridad de la Reina : pero por mas prisa que se dieran los de Londres habiáseles anticipado su mas que singular jefe y general, habiendo en compañía de cierto Doctor Sands, que ocho dias antes predicara un violento sermon contra las hijas de Enrique VIII, presentándose en la plaza del Mercado, y con lágrimas de desesperacion en los ojos proclamado á Maria, arrojando al aire la gorra en señal de regocijo. ¡ Inútil bajeza ! Vigilado de cerca durante la noche por sus propios criados, fué á la mañana preso por su antiguo cómplice Arundel, y como reo de alta traicion conducido á la Torre de Londres, juntamente con sus hijos, con Suffolk, y con otros de sus parciales. La ira del pueblo contra todos ellos era tal que fué preciso acudir á la fuerza para evitar que pereciesen antes de llegar á su encierro. Tal es la ordinaria suerte de los vencidos en las contiendas políticas.

Isabel, la hija de Ana Boylen, permaneció hábilmente alejada de la lucha mientras su éxito pudo parecer dudoso : á Northumberland que le propuso ceder sus derechos eventuales á la corona, á precio de una crecida suma en metálico y de muy considerables fincas, respondióle que mientras su hermana viviese ella no tenia derechos que ceder ; y sin declararse por Juana ni por Maria tampoco, encerróse en su casa á pretexto de una falta de salud singularmente oportuna. Mas así que el negocio dejó de ser problemático, alivióse Isabel de su dolencia, y sintiendo la necesidad de pronunciarse en fin, acudió escoltada por quinientos caballeros á reunirse con su hermana y felicitarla por su victoria (1). Juntas, pues, hicieron su triunfal entrada en Londres las dos Princesas, cautivando por la magnificencia de su trage la atencion general, y excitando por las circunstancias el personal entusiasmo. Maria, en verdad, carecia del aire magestuoso de su padre, y no habia heredado la belleza y gracia de su madre, al decir de los que conociendo á Enrique y á Catalina de Aragon, la miraban entonces : pero aunque pequeña de estatura y flaca de carnes, y á pesar de que las penas de su infancia y juventud dejaron hondo y visible rastro en su delicada complexion, todavía á nadie le era dado soportar sin respeto y temor, la enérgica expresion de las miradas de sus negros ojos. Mas favorecida por la naturaleza y entonces en la flor de su juventud, Isabel era una muger con mas gracia que hermosura, alta y bien formada, de enérgico aspecto como morena, con bellos ojos, y sobre todo — decia á su corte pintorescamente el Embajador Veneciano en Londres — « sobre todo con bellísima mano, de la cual *hace profesion*. »

Maria, que al subir al trono se encontró sin consejeros á quienes creyera poder fiarse, acudió al Emperador su primo en demanda de consejo

(1) El autor que sigue ó mas bien copia al Doctor Lingard, en su *Historia de Inglaterra*, parece acusar aquí á Isabel, bien injustamente por cierto, por su conducta en aquella ocasion. Juana no tenia derecho á contar con una Princesa, á quien se declaraba bastarda, para ponerla á ella en el trono; y que la hija de Ana recelase de la hija de Catalina, era mas que lógico, inevitable y forzoso. Estuvo, pues, Isabel en su derecho siendo neutral, durante una contienda en que no podia ganar gran cosa y sí perder mucho. Decidida la victoria por su hermana ¿qué habia de hacer? ó levantar bandera, lo cual siquiera no podia, ó someterse, reservándose su derecho; eso hizo, y en eso no vemos nada censurable. Pero Isabel fué protestante y el Doctor Lingard es católico. (N. del T.)